

Reseñas

Carlos Martínez Assad y Sergio Sarmiento, coordinadores, *Nos queda la esperanza. El Valle del Mezquital*, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, Colección Regiones, México, 1991.¹

LOS COORDINADORES de la obra *Nos queda la esperanza. El Valle del Mezquital*, están seguros de que se trata de un “libro muy especial”. Su evaluación no es subjetiva. Se trata de un libro especial porque integra las visiones de los académicos e investigadores con las experiencias de los protagonistas e incluye una sección de fotografías de David Mawaad.

Aun cuando se trata de un balance de las investigaciones efectuadas en el Valle del Mezquital durante tres décadas, muy particular puesto que se realiza desde la historia de los proyectos de investigación que en esta región ha efectuado el Instituto de Investigaciones Sociales (IIS-UNAM) desde 1970, la singularidad de la obra se afirma en que incorpora estudios y trabajos contemporáneos realizados por investigadores de otras instituciones, tales como el Centro Regional Hidalgo (INAH-SEP), la Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH), el Archivo Histórico del estado, la Universidad Autónoma de Hidalgo, la Fundación Friedrich Ebert y, como caso excepcional, también la diócesis de Tula.

Incorpora, poco usual en los medios académicos, la interpretación de los “sujetos en estudio”: el pueblo otomí, que levanta su voz para denunciar, en boca de Anastasio M. Botho Gazpar, que “algunos estudiosos ... han especulado tergiversando las explicaciones de la historia, arqueología, lingüística, etcétera”.

También ellos, raza milenaria, se encuentran organizados en instituciones, cooperativas y sociedades que estudian su pasado y la resolución de su presente. Así, se incorporan trabajos de individuos que pertenecen a la Academia de la Cultura Hñähñü del Valle del Mezquital, de los maestros bilingües, y a la cooperativa artesanal Ra Doni ra Batha; además, la Unión de Colonos Organizados de Tula, los Servicios de Educación de Adultos, A. C., y la Alianza de Campesinos, Estudiantes, Profesionistas y Obreros presentan un reporte de sus actividades. Trabajos que si bien son equiparables en su estructura y rigurosidad con los de los investigadores, contienen las demandas que desde tiempos inmemoriales ha venido

¹ Reseña leída en la presentación del libro efectuada en Pachuca, Hgo., 20 de agosto de 1992.

planteando el pueblo hñähñü: el derecho a vivir su vida, expresar su cultura, poseer sus tierras, hablar su lengua. Las intervenciones de los protagonistas también se distinguen de las de los académicos porque su lectura de la realidad incorpora las soluciones que ellos, todos maestros bilingües, consideran adecuadas para la región y su comunidad. Por su palabra fluye el sentimiento de un pueblo que siempre ha sido marginado, enajenado, golpeado.

Como lo afirman Carlos Martínez Assad y Sergio Sarmiento, la importancia de este libro también descansa, en uno de sus propósitos esenciales, en descubrir que la propuesta analítica contemporánea, la académica, recupera la de los primeros estudiosos de la región: conocer y transformar, en la medida de lo posible, la realidad social.

La intención de recuperar el sentido de la praxis en el proceso de conocimiento y como actividad humana puede causar sorpresa ahora, cuando el mundo socialista se ha transformado y el materialismo histórico-dialéctico “parece” haber sucumbido frente a los nuevos paradigmas de las ciencias sociales. Sin embargo, para aquellos que crecieron con el movimiento de 1968, “revolución” y “praxis” fueron conceptos cotidianos.

Al igual que los conceptos, los temas de investigación y las preocupaciones sociales propias de la década de los setenta parecen diferentes de los que hoy ocupan la atención de las nuevas generaciones de estudiosos del Mezquital. No obstante, una lectura más atenta descubre intereses comunes precisamente porque abordan el estudio de problemáticas sociales, políticas y económicas presentes desde entonces. Con el agravante de que, al no resolverse, las situaciones conflictivas tienden a agudizarse.

El recuento de Carlos Martínez Assad sobre el estado del valle hace quince años sigue siendo válido hoy día: concentración del poder político y económico, distribución y apropiación desigual de los recursos naturales, acaparamiento y monopolización de los productos locales, intermediarios y prestamistas, caciquismo local y regional. Clama la conciencia un hecho innegable: pese a los esfuerzos de todos, la población hñähñü sigue enfrentando serias dificultades para sobrevivir social y físicamente. Esto explica por qué los investigadores actuales se preocupan, como la generación de 1968, porque su actividad transforme las condiciones de vida opresoras e injustas.

No obstante, los que actualmente estudian el valle del Mezquital pretenden superar, como bien señala Sergio Sarmiento Silva, ese “rasgo asistencialista y altruista” que caracterizaba a los proyectos y programas gubernamentales y no gubernamentales y, sobre todo, atender el reclamo de sus habitantes “de ya no ser considerados sólo simples objetos y espectadores de la historia”.

La lectura global del libro sugiere que entre la visión de los académicos y la de los protagonistas hay una complementariedad. Para esclarecer esa relación decidí distribuir esta exposición en función de la manera como cada uno entiende la problemática de la región y del grupo humano.

1. LA VISIÓN DE LOS ACADÉMICOS

Cuatro investigadores del IIS-UNAM, Carlos Martínez Assad, Sergio de la Peña, Luisa Paré y Ricardo Tirado, hacen un recuento de las metodologías que utilizaron y las visiones del mundo desde las cuales realizaron sus estudios en la década de los setenta. Todos ellos, y otros más, participaron en el proyecto de investigación titulado *Las estructuras socioeconómicas y los sistemas de dominación en el Valle del Mezquital*, que dirigía Roger Bartra. Su reflexión, quince años después, les permite evaluar sus errores y aciertos y entregar una crónica de su participación y de las condiciones que entonces predominaban.

Mientras Martínez Assad hace una semblanza del estado de la investigación durante los setenta y presenta una síntesis de los principales problemas de esta micro-región, Luisa Paré sitúa las movilizaciones campesinas, la apertura democrática de Luis Echeverría, el compromiso político de los intelectuales, la preocupación del momento por estudiar y entender la economía campesina. Temas que también son abordados por Ricardo Tirado en la investigación que se realizó en el municipio de Alfajayucan, cuando se efectuaban los trabajos de ampliación del distrito de riego 03, y en la que se llevó a cabo en Tula, que abordaba el análisis del sistema político local y los intentos reformadores del Partido Revolucionario Institucional en 1972.

Sergio de la Peña, en cambio, esclarece las proposiciones analíticas que en ese momento estaban en discusión en América Latina, y la manera como determinaron, en cierto modo, “la orientación y el tipo de preguntas que se plantearon”. Las tesis dependencistas y las del desarrollo-subdesarrollo estaban en boga, amén de que la Revolución cubana alimentaba la expectativa de la revolución socialista. En ese contexto “se hablaba mucho del potencial revolucionario de los campesinos”, de su proletarianización o de la supervivencia de sus formas económicas. En general, en estos estudios, como en casi todos los publicados en esta década, el problema del “modo de producción” fue fundamental.

Los trabajos de los investigadores que están estudiando el valle del Mezquital en la actualidad, que se presentan en el segundo apartado, aunque parten de diversas disciplinas se concentran en una temática: vincular la historia y la cultura del pueblo huasteco con las características naturales y físicas de la región. En esa búsqueda, que no había sido desarrollada en la década de los años setenta, se vuelve prioritario delimitar el concepto de “región”, la característica nómada del grupo, la cultura propia de resistencia, los recursos naturales y el efecto del caciquismo, problema central en los estudios de los años setenta.

Dos estudios se destacan por apuntar problemas contemporáneos y por demostrar que no han encontrado una resolución. El de Irma Eugenia Gutiérrez, que refiere la mortalidad ocasionada por sustancias químicas utilizadas en la agricultura y el del M. V. Z. Óscar E. García Vernon, que aborda el estudio de la utilización de las aguas residuales con fines agrícolas, práctica que data, informa, del año 1896. Las muertes por intoxicación con sustancias químicas siguen ocurriendo y la

contaminación de las aguas, tierras, plantas y frutos y su correlato en la morbilidad de la población se incrementan día con día. La expresión de un dirigente del Movimiento de Pueblos del Valle, citado por Sarmiento Silva, expresa la situación: “preferimos morirnos con la panza llena, al irrigar las tierras con aguas negras, que morirnos de hambre”.

Para delimitar los orígenes y los límites del valle del Mezquital como una región, se siguen varios criterios. Fernando López Aguilar y Miguel Angel Trinidad Meléndez, quienes participan en los proyectos de investigación que desde 1985 viene realizando la Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH), siguen un criterio hidrológico. Bajo esa concepción institucional, López Aguilar se propuso identificar si los límites del valle durante la Colonia concordaban con la división territorial actual. Así va dando cuenta de los cinco partidos en que estaba distribuido: Actopan, Itzmiquilpan, Tetepango-Hueypuchtlá (ubicada en la zona del Mezquital verde, es decir con mayores recursos de agua y, por ello, más densamente poblada), Tula y Xilotepec, asiento de uno de los señoríos otomíes que extendía su jurisdicción hasta Querétaro, San Miguel el Grande, San Luis de la Paz y Zimapán.

El Patrimonio Indígena del Valle del Mezquital, según se desprende del estudio de Sergio Sarmiento, se rige por el propósito de conformar una región hñāhñü, de manera independiente a la distribución de los recursos naturales. De ahí su decisión de incorporar los municipios de Jacala, Pacula y Metztititlán. El criterio es válido pese a que no considera el grupo asentado en el municipio de Amealco del estado de Querétaro, que aún conserva la lengua, la tierra y las costumbres de sus mayores. Martínez Assad y Beatriz Canabal, en cambio, dividieron la región en función de la disponibilidad del recurso agua: la árida y la irrigada.

El concepto de “región natural”, integrado por aspectos geográficos, biológicos y ecológicos, fue seguido por Raúl Guerrero Guerrero, investigador del Centro Regional Hidalgo (INAH-SEP), quien considera, en razón de esa conceptualización, que en el estado de Hidalgo existen cinco regiones naturales: la Sierra, la Huasteca, el Valle del Mezquital, la de los Llanos y el Valle de Tulancingo. Según este autor, en la del Valle del Mezquital, la región más grande, hay diferencias etnográficas muy marcadas y también en algunas actividades productivas. En su texto descubre un paisaje dominado por las cactáceas y habla del nopal y del maguey pulquero, el mil usos del campo, “el árbol de las maravillas”, como lo llamó José de Acosta en el siglo XVI.

En otro orden de preocupaciones, Fernando López Aguilar considera que los conflictos internos actuales de la comunidad hñāhñü sólo pueden entenderse a partir de su rastreo histórico. Asegura que en algunos elementos de la organización social y de la manifestación cultural “el pasado ha persistido hasta el presente”. Por lo menos dos elementos, según este autor, han contribuido a la supervivencia de una sociedad nómada que también se tipifica por su resistencia cultural. Uno natural, las características físicas del valle, que es una región desértica con ciclos distintos de abundancia, y otro de tipo cultural, que refiere la explotación y dominación a que ha estado sometida la comunidad hñāhñü desde los tiempos precolombinos.

Las características físicas de la región determinan el padrón de asentamiento (disperso), y la tipificación que de éste se hacía en Itzmiquilpan en el siglo XVI: “es gente pobre y de poco asiento”, parece repetirse a lo largo del tiempo. La explotación que ha sufrido el pueblo otomí determina su resistencia cultural, resistencia que ha conducido a considerarlo como un grupo étnico cerrado, aferrado a su lengua, la tierra y sus costumbres. “Son tan cerrados”, decía un queretano del siglo XIX, refiriéndose a la comunidad otomí de Santa María de Amealco, “¡que ni el español aprenden!”

Es de destacar la posición de algunos sacerdotes de la diócesis de Tula no solamente de respetar las formas de vida y cultura del pueblo hñähñü, sino y sobre todo, de no ayudar a “debilitar sus formas de resistencia”. En su propósito están intentando compartir a fondo con las comunidades “su vida, cultura y religiosidad”. El resultado más notable de esta línea pastoral ha sido, como registra Bernardo Guízar Sahagún, la elaboración de una metodología de trabajo que propone una teología indígena y se pregunta cómo participar, como agentes pastorales, en el esfuerzo de síntesis y resistencia de este pueblo.

Finalmente, el estudio de los mecanismos y las maneras como se articula el caciquismo dentro de las comunidades y centros de población pequeños y fuera del poder municipal, estatal y nacional, fue desarrollado por Arturo Herrera Cabañas; su investigación aborda cuestiones que habían sido apuntadas por Ricardo Tirado.

2. LA VISIÓN DE LOS PROTAGONISTAS

Anastasio M. Botho Gazpar, de la Academia de la Cultura Hñähñü del Valle del Mezquital, inicia su exposición señalando una verdad del tamaño del mundo: la academia se rige por reglas solamente asequibles para los iniciados. Por esa razón, “es probable que nuestra participación”, dice, “no reúna las exigencias que en estos casos se requieren”. No obstante, este maestro bilingüe precisa el origen histórico del nombre otomí, y las razones por la que ellos prefieren denominarse hñähñü, apoyándose tanto en la memoria de los suyos como en los resultados obtenidos por algunos investigadores. Manuel Gamio, García Payón, Aguirre Beltrán fundamentan su discurso.

Botho Gazpar no se queda en la reconstrucción histórica. Aprovecha la coyuntura para demandar respeto por la vestimenta propia de este pueblo y programas institucionales para mejorar la nutrición, la vivienda, y los que enseñen la manera de aprovechar mejor los recursos naturales. Como lo vienen haciendo desde tiempos inmemoriales, sin que se les haga justicia, denuncia el despojo de tierras que han sufrido por parte de los terratenientes y políticos: “los legítimos dueños de estas tierras ... son dueños de nada, lo han perdido todo”.

Abel Huizache, Diego Olguín, José Gómez, Moisés Roque y Victorino Gómez, maestros bilingües, plantean que la educación bilingüe bicultural ha sido instrumentada por el Estado y que a los hñähñü toca adecuarla. En una exposición

histórica van desgranando las distintas políticas educativas que, en su contradicción, mostraban el interés por “ayudar a resolver el problema indígena del país”. También muestran la debilidad del sistema educativo actual que no exige la preparación necesaria para impartirse. Estos autores subrayan la perdurabilidad de la lengua como estrategia para conservar los valores culturales que le son propios. La lengua es resistencia y la resistencia es supervivencia.

Mientras los dos trabajos anteriores se concentran en las preocupaciones ancestrales del pueblo otomí, los estudios restantes analizan problemáticas actuales. Pedro M. Godínez S. y Graciana Martín C. analizan el fenómeno de la migración. Su estudio completa la visión que tenían los investigadores en la década de los años setenta; empero, en lugar de preocuparse por las teorías de la campesinización y proletarización, destacan la manera como la migración permanente está afectando la vida familiar, la comunitaria y el desarrollo regional. El desarraigo de los indígenas tiende a destruir al grupo y a la comunidad. Para construir “un lugar justo y digno” proponen la creación de empresas de producción; la ampliación, con recursos estatales, del sistema de riego, y la intervención institucional para hacer el campo más productivo y crear fuentes de trabajo bien remuneradas.

El relato sobre la cooperativa Flor del Valle es una doble historia: consigna la lucha del artesanado hñähñü contra intermediarios y explotadores y la muy particular de la mujer para incorporarse a un sistema más amplio que el del hogar y las labores del campo. Las vicisitudes de este grupo las relata, con pasión y casi como una arenga, Amalia Pedraza Secundino. Entre los logros de las 120 mujeres organizadas y dos hombres, sobresalen contar con local propio, restar el poder de los intermediarios mediante la disposición de la materia prima y la venta de sus productos por su cuenta, y salir a vender a la ciudad. Como integrantes de la asociación Solidaridad Artesanal Mexicana (SAM), que integra diferentes sociedades de artesanas, pueden distribuir sus artesanías en la ciudad de México en la calle Tabasco 262 de la colonia Roma.

Los tres trabajos finales son presentados por diversas asociaciones. La Unión de Colonos Organizados de Tula, fundada por iniciativa de los fraccionadores del terreno campestre Loma Blanca, da cuenta de la manera como surge y se lleva al cabo un movimiento urbano en defensa de los derechos civiles, lucha que se ha librado durante varios años y que, pese a las presiones y dificultades políticas y económicas, se seguirá planteando hasta obtener la resolución de las demandas: urbanización, escrituración y respeto a las libertades políticas y democráticas.

Servicios de Educación de Adultos, A. C. (SEDAC), que llegó a prestar sus servicios en 1975, describe su experiencia institucional. El proceso educativo, impartido en círculos de estudio, se acompaña de proyectos de autogestión de tipo productivo, comercial, consumo, servicios y de salud. Sus objetivos más amplios son alcanzar una conciencia crítica, la democracia, la solidaridad y la independencia de los distintos grupos autogestores. Apoya distintos proyectos, como el de la casa campesina, la cooperativa artesanal Flor de Mayo, y cuenta con un fondo revolvente para financiar proyectos comunitarios tanto de infraestructura (agua potable,

molinos comunitarios, vivienda y caminos), productivos (establos lecheros, de borregos, granjas avícolas, hortalizas y frutales, tiendas de consumo y talleres artesanales) como de salud (botiquines comunitarios) y transporte.

Por último, la Alianza de Campesinos, Estudiantes, Profesionistas y Obreros da cuenta de la lucha municipal en San Salvador, uno de los 84 que conforman el estado de Hidalgo. Municipio agrícola que cuenta con 6 mil hectáreas de riego con aguas negras, repartidas en su mayor parte como minifundio. Este grupo fue fundado en el penúltimo año del gobierno de Luis Echeverría para destruir un cacicazgo local y como respuesta a las prácticas electorales del PRI. Después de sólo realizar trabajo electoral, a partir de 1982 la organización amplió su trabajo hacia lo ideológico, político, cultural y socioeconómico. Su objetivo fundamental es construir “una sociedad democrática en la cual no exista la explotación del hombre por el hombre”.

En suma, es innegable que el Valle del Mezquital ha sido estudiado desde distintas disciplinas, con propósitos y temas de investigación diferentes y desde visiones antagónicas. Los enfoques y las metodologías históricas, sociales, políticas, antropológicas, arqueológicas, asistenciales y, en últimas fechas, las ecológicas, políticas, y pastorales, se han sucedido en el tiempo. Esta variedad de propuestas analíticas, desplegadas en el libro, reflejan las preocupaciones propias del “saber científico”, las de la caridad cristiana y de las formas políticas según el lugar de producción y el momento cuando se formularon.

La obra en su conjunto muestra la importancia que tienen en la investigación social las instituciones académicas, como reproductoras del conocimiento, las políticas, como ordenadoras de la vida pública y las religiosas en la recuperación del sentido inmanente y trascendente de la dignidad humana. También destaca el papel que han desempeñado las instituciones en la conformación de las organizaciones propias de la comunidad hñähñü, que pretenden recuperar algunos de los fragmentos de su pasado.

Aun cuando habría que realizar un estudio particular, la manera como se articula el libro —trabajos académicos, políticos y existenciales— sugiere una hipótesis: los estilos de trabajo, los temas de investigación seleccionados y, en cierta medida, las metodologías empleadas, son organizadas y determinadas por las instancias políticas y académicas al margen del individuo que investiga o del que es actor protagónico. Con la responsabilidad, que no es poca, de que los resultados de investigación tienden a introyectarse en la vida intelectual propia del grupo social estudiado. Esta hipótesis, por comprobarse, puede explicar no sólo los cambios de interés temático y metodológico sino, sobre todo, el porqué, no obstante los esfuerzos de investigación acumulados, todavía no se modifica la estructura social opresora que prevalece en esta región del país.

El reto es grande, pero *nos queda la esperanza.*